

Celia M. Riera  
Vázquez  
Idalsis Fabré  
Machado

## *Pensar sobre el desarrollo: la función del intelectual*

*No debemos crear profesionales dóciles al pensamiento oficial ni «becarios» que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas.*

*Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo.*

ERNESTO GUEVARA

### INTRODUCCIÓN

**E**n medio de una realidad, signada a nivel mundial por la hegemonía del capital y a nivel nacional por el perfeccionamiento del modelo económico social, con un precedente de prácticas de construcción socialista necesitadas de actualización, se requiere, en función de su viabilidad, reforzar el enfoque desalienador del pensamiento y las prácticas sobre el desarrollo. Asimismo, se requiere de un intenso trabajo, ante todo sobre el factor subjetivo, que permita aprovechar del mejor modo las potencialidades existentes en nuestra sociedad y las oportunidades presentes en el ámbito internacional.

Esto no sería posible sin una consciente concepción sobre qué se está asumiendo como desarrollo, cuál desarrollo se necesita y se puede impulsar dado el momento histórico; esta es la claridad conceptual imprescindible para una acción práctica libre de espontaneidad y voluntarismo.

¿Cómo actuar sobre los factores, las condicionantes y mediaciones del desarrollo y lidiar con sus consecuencias como no

sea mediante su reconocimiento? En ello resulta esencial el factor subjetivo y la función de la intelectualidad<sup>1</sup> revolucionaria.

¿Cómo trabajar la percepción de los diversos actores del desarrollo como no sea propiciando una conciencia crítica en torno, entre otros elementos constituyentes, a la correlación medios-fines de modo que puedan descubrir las contradicciones subyacentes y comprenderlas como las fuentes reales del desarrollo para la co-construcción de proyectos participativos de solución desde el aprovechamiento culto de las mismas?

La producción de conocimiento y su transmisión es un diálogo problematizador que impacta en la acción de transformar. El sentido de realidad que implica la necesidad de la sustentabilidad económica no debe soslayar la necesidad de recuperar en el camino la práctica científica y a los intelectuales como actores profesionales de la misma.

### **La subordinación del intelectual**

La producción y la socialización del conocimiento está estrechamente vinculada al «horizonte intelectual»<sup>2</sup> (Lowy, 1991: 86) de los sujetos –individuales y colectivos– que en ellas participan; entonces puede parecer ocioso, para una parte de la intelectualidad, el dedicarse a teorizar sobre el desarrollo de cara a las urgencias de la crisis planetaria, de la cuestión social.

<sup>1</sup> Se considera aquí la actividad intelectual como profesión a partir de la producción, transmisión, desarrollo crítico de pensamiento, conocimientos, ideas, cultura.

<sup>2</sup> Metáfora óptica empleada por Michel Lowy para referirse a la perspectiva, punto de vista y campo de visibilidad del investigador, que evidencia que el conocimiento, el saber, están estrechamente unidos a la posición y compromiso social del observador científico así como a los contextos en que estos son producidos. Por ejemplo, plantea que al interior del horizonte intelectual burgués, de estos límites, la investigación puede producir conocimientos científicos importantes, porque este horizonte no implica la negación de la ciencia, sino la existencia de barreras que restringen el campo de visibilidad cognoscitiva y consiguientemente, la acción transformadora de la realidad y sus consiguientes consecuencias sociales.

Frente a tal actitud está la de Marx, quien situó como un principio ordenador de la *praxis* la naturaleza pública de la teoría social, lo cual supone un conocimiento teórico en beneficio de la intervención social. Desde ahí la actividad del teórico es parte del proceso social, y el científico, el intelectual, se configura como actor en el sentido de sujeto transformador en esa *praxis* (Zardoya, 2000).

Sin embargo, la producción intelectual que por razones históricas justificadas se abstrae de la tarea teórico-práctica de solución de las contradicciones entre el trabajo y el capital, puede quedar reducida a una labor que se reivindica a sí misma bajo formas profesoras (García, 2007).

En la educación superior la producción intelectual básicamente se concreta en el exagerado academicismo que refuncionaliza la lógica credencialista de la ciencia y sus estándares elitistas; postura y función intelectualista, que actúa como peso muerto para las aspiraciones de transformación social y de conformación de la subjetividad revolucionaria.

En este sentido, cabe resaltar que las raíces de los sujetos de dicha postura –portadores y (re)productores de la misma– están insertas en los campos socio-profesionales. Sus adscripciones y hostilidades paradigmáticas tienen una génesis compleja. Ellas se pueden interpretar como expresión de la lucha de clases articulada con otros factores relevantes que operan como pugnas personales e institucionales –en un medio que hace de la originalidad una vía para tener legitimidad y recursos–, diferencias nacionales o, lo que tal vez sea más importante, diferencias en cuanto a objetivos y tácticas políticas, afirma Coraggio (2003).

A instancias de lo planteado, la división social del trabajo por esferas de actuación de las ciencias sociales, se traduce en técnica, ya que se demanda de un saber hacer «pronósticos e intervenciones fragmentarias y graduales» (Díaz de Kóbila, 1996) para la readecuación y refuncionalización de una sociedad, encontrar las vías para su permanente vocación de fénix en medio de una característica y aparente «asepsia» ideológica y política.

Desde aquí esta sociedad demanda servicios a «profesionales dóciles»<sup>3</sup> que se dediquen a aplicar,<sup>4</sup> a operar, a partir de las reglas establecidas y de los conocimientos teóricos que ellas hacen viables. Por tanto, no se les exige y, en consecuencia tampoco les hace falta cuestionarse cómo percibir, pensar, actuar, para resolver los problemas que se les plantean.

De esta manera, el intelectual simplemente percibe, piensa y actúa en conformidad con las reglas adquiridas en los procesos pedagógicos de formación académica y las contribuciones auxiliares que ejerce la *pedagogía invisible* del sistema de relaciones sociales, la lógica del campo. Como «hornos de ciudadanos dóciles» ellas se constituyen en suelo de premisas culturales de la formación intelectual en función del poder que «con frecuencia ha controlado al saber para controlar el poder del saber» (Morín, 1998: 20).

Refiere L. Althusser que:

[...] la ruptura positivista de los lazos que unen la ciencia a la sociedad, impide que comprendan con exactitud el lugar que ocupa en esta la cultura en la que han bebido, la enseñanza que les transmite, las disciplinas en que trabajan, su papel como intelectuales, universitarios, investigadores, profesionales. (s/f, 19)

Así, paulatinamente, el positivismo se instala, de forma reticular, en el discurso científico y la práctica social en general, como fundamento de la formación profesional. Desde sus orígenes ha alentado «una formación y una práctica profesional

<sup>3</sup> Se concibe, por otra parte, como *intelectuales orgánicos*, a aquellos que son orgánicamente los intelectuales de las masas en condición de sujetos de la transformación revolucionaria, que constituyen entre unos y otros un bloque cultural y social para el logro de los fines de la transformación social. La adición del término «orgánico» significa que su aporte es necesario al desarrollo de ese momento histórico (Gramsci, 1999).

<sup>4</sup> La formulación de los vínculos ciencias-poder mediante el término *aplicación*, consideran las autoras, es inapropiada. En su acepción principal -diccionario enciclopédico UTEHA (t. I, p. 812)- significa *poner una cosa sobre o en contacto con otra*. Asumir la *aplicabilidad* de los conocimientos científico-sociales ubica a las ciencias sociales en la perspectiva instrumentalista decimonónica que, pretendiendo no imponer una ideología precisa a los hechos, obvia saber leerlos en toda su dimensión y contrariedad y se transforma en meras fórmulas ascetas, funcionales a un poder.

de carácter instrumental y técnico» en correspondencia con demandas, fines e intereses de un «proceso administrativo neutral [...] cubierto de todo debate» (Díaz de Kóbila, 1996). Como sustrato y mediación de todo ello, y del cientificismo ascético, impacta en las consideraciones sobre el desarrollo.<sup>5</sup>

En el ámbito de la educación formalizada y de la vida cotidiana desde el poder burgués, significa: prohibir toda reflexión y todo planteamiento, lograr «la cría de una masa asalariada de esclavos»,<sup>6</sup> es decir, el transformar en esclavos bien domados a los trabajadores manuales y en burócratas sin autonomía a los trabajadores intelectuales.

Dicha cultura pródiga en la búsqueda de salidas expeditas a los problemas acuciantes de la humanidad —la crisis ambiental, los cambios demográficos, la brutal polarización de la riqueza, la hiperestatalización, la cosificación de los sujetos individuales y colectivos, etc.—, la conducen a una posición privilegiada que sigue ostentando, en las ofertas de soluciones, la glorificación de las metodologías, la ideología tecno-burocrática según la cual los seres humanos deben relacionarse con el ambiente, y con ellos mismos, de manera instrumental, por medio de la tecno-ciencia (Díaz de Kóbila, 1996).

Las salidas a la crisis planetaria, las apuestas por el desarrollo desde la razón instrumental, adquieren matices diversos en las fórmulas de eficacia en la gestión, de la novísima cultura organizacional que reditúe una ganancia, de la comunicación

<sup>5</sup> El profesor, de hecho, no solo enseña contenidos, sino también una manera de pensar el mundo. Un hecho originalmente interpretado sesgadamente es comunicado tal cual a los alumnos, y estos a su vez a sus alumnos y así sucesivamente. En el acto de enseñar se van reproduciendo y transmitiendo, de generación en generación, interpretaciones y concepciones sobre la realidad social, lo cual puede contribuir a una ralentización o a una detención del conocimiento científico. A la sazón interroga Foucault: «¿Qué es después de todo un sistema de enseñanza sino una ritualización del habla; sino una cualificación y una fijación de las funciones de los sujetos que hablan; sino la constitución de un grupo doctrinal cuando menos difuso; sino una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes?» (Foucault, 1980; citado por Acanda, 2003).

<sup>6</sup> La frase entrecomillada pertenece a Edwin Hoerrnle (organizador del Movimiento de Niños Proletarios, constituido en Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial, citado por Borell, 1975).

y la información como tácticas manipuladoras, de la capacitación técnica para operar como *ingenieros sociales* y hacer que las cosas sean «diferentes» sin cuestionar a profundidad diferente de qué, quiénes y para qué.

Así, la producción de normativas y metodologías sobre el desarrollo en sus variantes nominales está dependiendo de una necesidad de consumo real, tanto en los niveles de aprehensión espontánea, dadas las urgencias de la vida cotidiana de los actores sociales, como en los de recepción profunda: científicos, ideo-políticos, culturales.

Es menester frente a este nominalismo respecto a la definición del desarrollo, tener en cuenta lo apuntado por Mijaíl Bajtín en relación con el campo humano de lo simbólico-representacional, particularmente en lo referido al *lenguaje como parte de él*. Considera este filósofo y lingüista marxista que dicho campo es un espacio *dialógico* producido en la *interacción social* (aun siendo conflictiva), y por tanto no se genera en la soledad de las «conciencias» individuales (1986).

Aceptar incautamente y con brazos caídos las reglas del positivismo, implica ser garante y hacer el juego, desde el cientificismo neutro y fragmentador, a la reproducción de la ideología dominante de sus orígenes, en la práctica cotidiana del desempeño profesional como intelectuales.

Igualmente, significa perpetuar en la producción intelectual el dualismo fijado por el positivismo en *juicios de hecho* y *juicios de valor* —el dualismo de los hechos y las decisiones— donde los primeros nos dicen cómo son las cosas y responden a criterios de contrastación empírica y eficacia instrumental y los segundos, que dicen cómo deben ser las cosas o cómo se desea que sean, respondiendo a modelos de deseabilidad o voluntaristas.

La fórmula para articular ciencia y vida queda simplificada en *lo útil es lo verdadero*; la verdad se establece como unívoca y absoluta en función de la relación costo-beneficio. El considerado de este modo como conocimiento científico pasa a ser ajeno a todo cuestionamiento, a toda duda metódica, se presenta «como la línea para el tren [...] como las correas para el caballo» (Iliénkov, s/f: 2) y consiguientemente funcional para la manipulación del otro o de los otros.

Tal maniobra hace que el otro o los otros se tornen en consumidores de la ciencia que pueden comprar —como tecnología

convertida en valores de uso para satisfacer necesidades objetales y espectrales, metamorfoseadas como humanas – o en excluidos de este mercado cultural. Desde estas posiciones depositan la omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia en «esa ciencia» y en sus todopoderosos «ungidos» y sus «cábalas».

Ante novedosas palabras de la moda científica los individuos se convierten en consumidores pasivos, en operarios, sin detenerse a cuestionar la naturaleza del conocimiento que se utiliza, la posibilidad y la intencionalidad que ha tenido el mismo de dar cuenta de una totalidad compleja y contradictoria.

Es así que el pragmatismo, como variante del positivismo, recicla en la vida social y en las pretensiones del desarrollo, «digerido», glosando a Edgar Morín, «tal y como se puede comer sin conocer las leyes de la digestión» (Morín, citado por Díaz de Kóbila, 1996).

En este orden de cosas merece también tener presente el presupuesto de reflexividad<sup>7</sup> (Espina, 2004) y las consideraciones de Bourdieu en esta misma dirección. Este sugiere tres tipos de sesgos capaces de oscurecer la mirada sociológica (entendida bajo los efectos de la reflexión que hemos venido realizando como una perspectiva de análisis que no es exclusiva de la Sociología como ciencia ni de los sociólogos) en las visiones de desarrollo en función de lo que se viene tratando: el primero se origina en las características personales del investigador (clase, sexo, etnia); el segundo está ligado a la posición que el analista ocupa, no tanto en la sociedad en sentido amplio, sino en el microcosmos del campo académico. El tercero, el más profundo y el más peligroso, el intelectualista, es aquel que lleva a concebir el mundo como un espectáculo a ser interpretado y no como un conjunto de problemas concretos que reclaman soluciones prácticas, es decir, se necesita ir poniendo fin a la *filosofía intelectualista* que hace del lenguaje, más que un

<sup>7</sup> Mayra Espina (2004) estima que el presupuesto de reflexividad considera que un sistema está constituido por la interferencia recíproca entre la actividad del sistema objeto y la actividad objetivadora del sujeto. El investigador como sujeto involucrado, «observador y observado» forma parte del mismo sistema descrito, y lo quiera o no, el observador se reencuentra en la observación de lo que observa. Es necesario capturar lo relacional real, la lógica de lo social que está contenida (como fragmento o totalidad) en el objeto de dichas ..... *habitus*.

instrumento de acción y de poder, un objeto de intelección (Bourdieu, 2004).

### **En la perspectiva de Bourdieu: la ciencia como profesión, la política como compromiso**

La cuestión central de pensar<sup>8</sup> profesionalmente el desarrollo gira en torno a que sea reflexionado desde las concepciones críticas revolucionarias, buscando su génesis, su movimiento histórico, sus tendencias y desafíos para los grupos sociales en procesos de emancipación, considerando este como una necesidad teórica para conocer las formas explícitas y enmascaradas de la lógica de la opresión y los recursos que utiliza para renovarse y conservarse, así como también para la praxis revolucionaria en el mundo actual.

El problema político esencial del intelectual [...] es el de investigar la posibilidad de constituir una nueva política de la verdad. El problema es el de cambiar no la conciencia de la gente —o lo que ellos tienen en sus cabezas—, sino el régimen político, económico, institucional de producción de la verdad. No es una cuestión de emancipar la verdad de cualquier sistema de poder (lo que sería una quimera, pues la verdad es ya poder), sino de separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía social, económica y cultural dentro de las cuales opera en el presente. (Foucault, 1992: 133)

En fin, al situar el desarrollo como núcleo de las preocupaciones y ocupaciones intelectuales, es de advertir que no se está solo frente al uso de la razón instrumental metodológica y frente a sus operarios (entre ellos los funcionarios), sino frente a una posición política en relación con los fines y los medios del desarrollo, frente a la adopción de decisiones prácticas específicas que pueden estar enmascarando la perpetuación de

<sup>8</sup> El pensamiento es la capacidad social de idealización de la realidad, de producir conocimientos en el complejo proceso de la práctica social humana. Tiene por tanto un carácter social y objetivo. La transmisión de la experiencia humana a las generaciones posteriores, como elemento cultural, es elemento esencial del proceso de pensamiento. El pensamiento teórico se comprende, entonces, como capacidad del hombre social de modificar la realidad con su actividad (para ampliar ver Engels, 1975, p. 106; Plá, 2006 y García, 2007).

un orden de cosas que enajenan al hombre de su esencia humana real, de su papel de sujeto individual y colectivo en la práctica social.

La función del intelectual no es la de «reflejar» lo social en su movimiento para la complacencia del funcionariado a cargo, o la de ajustarse al libreto de las hegemonías alienadoras de donde quiera que estas provengan, sino la de ofrecer un producto intelectual que supere la crítica fragmentaria de las circunstancias en crisis, es decir, sistémico (Hernández, 2011: 63-66).

Desatar el nudo gordiano de estas representaciones e imágenes del desarrollo y los términos asociados con él no solo es requerimiento del quehacer teórico e intelectual, es en esencia un problema de la práctica creadora y transformadora del orden existente, es «liberar la imaginación política» (Jameson, 1998) pues sin ella «no hay pensamiento capaz de rechazar la chatura opresiva del presente y proyectar la visión de un mundo más humano» (Acanda, 2002).

Tal y como demanda Charles Wright Mills:

La primera tarea política e intelectual —porque aquí coinciden ambas cosas— del científico social consiste hoy en poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia contemporáneos. Esta es la demanda central que le hacen los otros trabajadores de la cultura: los científicos del mundo físico y los artistas, y en general toda la comunidad intelectual. Es a causa de esta tarea y de esas demandas por lo que, creo yo, las ciencias sociales se están convirtiendo en el común denominador de nuestro período cultural, y la imaginación sociológica en la cualidad mental más necesaria. (Mills, 1969: 31-32)

Un punto neurálgico para esa impostergable tarea es develar si este concepto se ha transformado en fetiche o, como dice G. Figueroa (2009) ha generado una «fascinación» tal, que inmoviliza la capacidad crítica para enfrentarse a las cosmovisiones y hegemonías alienadoras que se ocultan tras la diversidad de símbolos lingüísticos contruidos para expresar la preocupación por los procesos reales de avances y retrocesos, de conservación y cambio de la sociedad y sus modos particulares de producirse.

Las lógicas disciplinares atraviesan las relaciones, las instituciones, las prácticas y el pensamiento científico, profesional y político en la conformación de lo que Bourdieu (1993: 40) considera *habitus*<sup>9</sup> al estructurar el quehacer cotidiano, dictando las condiciones de producción de la ciencia, la formación y las prácticas profesionales.

La función del intelectual revolucionario, respecto a la producción de las ideas sobre el desarrollo, es alzarse hacia lo máximo del pensamiento para desde allí alumbrar su práctica con la nueva visión que ha logrado conformar, lo cual puede significar expandir los límites-horizontes teóricos disponibles, a veces asumidos en tanto zonas de confort y la valoración crítica de las experiencias acumuladas.

Esto es un ejercicio crítico no de naturaleza formal (de la forma) sino una «crítica con desarrollo teórico [...] en la cual debe ponerse en claro la historicidad de los conceptos, así como sus conexiones y transiciones, determinadas desde la necesidad histórica de los mismos» (García, 2007: 9) y develar la lógica de lo social en ellos contenida.

Ello como acto consciente, de compromiso y responsabilidad a favor de la transformación social, la cual, siguiendo el pensamiento de Marx, a partir de la comprensión de Eduardo Grüner (2006: 18), es la *condición* de una interpretación correcta y *objetiva*, y «viceversa, dada esta condición, la interpretación *es ya*, en cierta forma, una transformación de la realidad, que implica, en un sentido amplio pero estricto, un *acto político*, y no meramente *teórico*».

La labor del intelectual revolucionario es la de favorecer desde su praxis la transformación del mundo en la dirección de la emancipación humana.

## CONCLUSIONES

Frente a esta problemática se debe transitar de la pedagogía de las respuestas definitivas a la pedagogía de cómo preguntar

<sup>8</sup> Bourdieu los considera formas de obrar, pensar y sentir que están originadas por la posición que una persona ocupa en la estructura social. Son las disposiciones que con el tiempo de vivir en una sociedad se van adquiriendo, la manera de actuar. El producto de una empresa de aprendizaje que todos los campos sociales utilizan para ejercer control y apropiación (Bourdieu, 1993: 39-43).

mejor (Freire, 2002), a la ponderación de la necesidad de la problematización como retorno crítico a la acción en y desde las circunstancias concretas, donde las ideas sobre el desarrollo, al ser resultantes del proceso cognitivo, nacen y sostienen a la práctica social.

Ello obliga a aprendizajes progresivos de los nuevos modos de actuación intelectual, teniendo presentes como momentos de reflexión crítica y autocrítica la conciencia sobre la lógica resistencia al cambio, la rigidez de los comportamientos, las dificultades en los procesos de comunicación porque son obstáculos en el logro de un diálogo problematizador e interdisciplinar a partir del cual se pueda organizar el disenso, como afirmó la Dra. Eva Youkana (2017) y contribuir, desde la investigación científica y la formación profesional, a perfeccionar el modelo de desarrollo socioeconómico cubano fundado en los principios emancipadores de respeto a la dignidad y justicia personal-social.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACANDA GONZÁLEZ, J. L.: «Amor y poder o la relación imposible. Homenaje a Michel Foucault», *Temas* (35): 108-120; La Habana, octubre-diciembre, 2003.
- ALTHUSSER, L.: *Curso de Filosofía para Científicos*, Planeta-Agostini, Barcelona, [s.a.].
- BAKHTIN, M.: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- BORELL, J.: «Epílogo»<sub>2</sub> en E. Durkheim, *Educación y Sociología*, Ediciones Altaya, S.A., Ciudad, 1975. Segunda parte: *La escuela de la esclavitud*.
- BOURDIEU, P.: «La internacional de los intelectuales: la ciencia como profesión, la política como compromiso: por una nueva división del trabajo político», *Criterios* (34); Centro Teórico-Cultural Criterios, La Habana, 2003.
- \_\_\_\_\_: *Intervenciones*, Ciencia Social y Acción Política 1961-2001, Editorial Hiru, Hondarribia, 2004.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Paulo Freire entre nosotros*. Colectivo de Investigación Educativa «Graciela Bustillos», Asociación de Pedagogos de Cuba, 2002.

- CORAGGIO, J. L.: «El papel de la teoría en la promoción del desarrollo local (Hacia el desarrollo de una economía centrada en el trabajo) ¿Hay demanda de teoría para el desarrollo local? El campo de problemas», Universidad Andina y Ciudad Quito, junio, 2003, disponible en: [www.fronesis.org](http://www.fronesis.org) (consultado el 7 de febrero de 2008).
- DÍAZ DE KÓBILA, E.: Multidimensionalidad del conocimiento científico. Epistemología crítica y responsabilidad profesional, capítulo 1 de la tesis en opción al grado de Doctora en Ciencias «La Epistemología en los tiempos de la no epistemología», Universidad de La Habana, 1996.
- ENGELS, F.: *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- ESPINA PRIETO, M.: «Humanismo, totalidad y complejidad. El giro epistemológico en el pensamiento social y la conceptualización del desarrollo», en Colectivo de autores, *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2004.
- FOUCAULT, M.: *Microfísica del poder*, 3ra. edición, Editorial La Piqueta, Madrid, 1992.
- GARCÍA MACHADO, X.: «La concepción de la filosofía del marxismo en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez», tesis doctoral, Departamento de Filosofía, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara, 2007.
- GUEVARA, E.: *Escritos y discursos*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- GUTIÉRREZ, A. P.: «Investigar las prácticas y practicar la investigación», *Cinta de Moebio* (15), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, abril, 2000, disponible en <http://www.moebio.uchile.cl/15/frames07.htm> (consultado el 12 de enero de 2003).
- GRAMSCI, A.: *Antología*, selección de Manuel Sacristán, 14 edición, Editorial Siglo XXI, México, 1999.
- GRÜNER, E.: «Lecturas culpables. Marx(ismos) y la praxis del conocimiento», en A. Borón, J. Amadeo y S. González (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, 1ra edición, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO, Campus Virtual de CLACSO, Buenos Aires, 2006.

- HERNÁNDEZ, J. A.: *Sentido intelectual en la era de la globalización mecánica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.
- ILIÉNKOV, E. V.: «Dialéctica de lo ideal», Biblioteca del Centro de Estudios Comunitarios, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara [versión digital inédita].
- JAMESON, F.: «El marxismo realmente existente», Casa de las Américas, La Habana, abril-junio, 1998.
- MORÍN, E.: «Una política de civilización», traducido y publicado por la revista *Complejidad*, 1 (1), septiembre-noviembre, 1995 y cedido para el número especial II de Perspectivas Sistémicas «Complejidad y Drogodependencia», abril, 1998, disponible en: <http://www.redsistemica.com.ar/sumarios.htm> (consultado el 10 de mayo de 2000).
- PLÁ LEÓN, R.: *Problemas teóricos y metodológicos para la investigación del pensamiento latinoamericano*, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara, 2006.
- WRIGHT MILLS, C.: *La imaginación sociológica*, Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
- ZARDOYA, R.: *La Filosofía Burguesa Postclásica*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000.